

MUJER-OBJETO

me ocurra. Reciba mi afecto y un saludo cordial de su amiga. CUCA.

* * *

Señores redactores de Hermano Lobo: ustedes son unos ingenuos si creen que a las mujeres se nos puede tratar como objetos sin tener antes nuestro consentimiento. Mi pobre marido se cree un duro, pero no se da cuenta de que él es un objeto para mí. Y lo mismo que digo de mi marido lo digo de mis amantes que aunque no son muchos, son los suficientes para que yo me haya dado cuenta de que eso de la mujer objeto es un cuento filipino. Y estoy dispuesta a demostrárselo a ustedes. Para ello les mando mi número de teléfono, por si alguno de ustedes quiere guerra. Por favor, llamen por las mañanas antes de la una, hora en que vuelven los chicos del colegio. Espero poder confirmarles mis teorías. Aquí tienen el número de teléfono (1). Cordialmente. **ESPERANZA.**

(1) Por respeto a una mujer casada nos vemos obligado a no publicarlo.



Queridas lectoras: en este Año Internacional de la Mujer, Hermano Lobo quiere echaros una mano. Para ello pone a vuestra disposición esta nueva sección. Escribidnos un folio a doble espacio contándonos alguna aventura en la que hayáis sabido hacer frente a perfidias de la sociedad y de los hombres. Hacedlo también aunque hayáis sucumbido si creéis que ello puede servir de ejemplo y advertencia a las incautas. Lo hacemos por vuestro bien, para ayudaros a que no acabéis siendo una mujer objeto. Animo. Esperamos vuestras cartas.

Lo terrible viene ahora: se me amenaza con despedirme de la empresa acusada de bajo rendimiento. Yo he amenazado a mi vez con acudir a la Magistratura y eso parece que ha frenado los propósitos del Consejero Delegado. Estoy muy asustada. Por eso, cuando he visto que en su periódico podíamos decir estas cosas, me he decidido a escribirles. Al hacerlo he sentido un alivio. Como yo pienso seguir en mis trece, les seguiré teniendo al corriente de lo que

NO SEA USTED

QUERIDOS lectores de Hermano Lobo: Desde hace algunos años soy «relaciones públicas» de una importante empresa nacional de exportaciones. Y siempre se me ha tratado en mi trabajo como a una mujer decente. El otro día, sin embargo, el Consejero Delegado me hizo una proposición que yo rechazé con firmeza. Se trata de lo siguiente: los intentos de modernización de la empresa nos obligan —me dijo el Consejero— a rechazar viejos modos de relacionarnos con nuestros clientes y amigos. Ahora, el sistema de almuerzos de trabajo (que sustituyó los viejos encuentros delante de una taza de café, una copa y un puro) debe ser puesto al día. Hasta las cenas de trabajo se han quedado anticuadas. Ahora, lo moderno —siguió diciéndome mi jefe— son las camas redondas de trabajo. La comunicación comercial así se hace más firme, más íntima, más fecunda, aunque en un sentido empresarial, se entiende. Me negué a asistir a uno de esos encuentros en los que, al parecer, el cliente americano vendría con una de sus secretarias.

